

PRIMERA PARTE

SEMILLAS DE REBELIÓN

CAPÍTULO I

El anochecer del Imperio

Los cuentos para niños no parecen inaceptables;
pero, ¿no hay en la historia cuentos para hombres?

CARLOS PEREYRA

1.1. La agonía en el ruedo de la Historia

ANOCHECÍA sobre el Imperio Español en América. El cielo de la monarquía católica parpadeaba con rojizos celajes que se perdían en la distancia como si los carros de Marte se hubieran volcado sobre un horizonte de fuego para quedar engullidos por las tinieblas de la decadencia. España no era la misma. Algo había cambiado. Cansado su brazo de sostener una inútil espada, lo había dejado caer exhausto sobre el mullido cojín de las ambiciones personales, sobre la seda del abandono complaciente y sobre el terciopelo de los sueños frustrados.

La luz se iba apagando al paso que se iban silenciando los cañones que contra ella rugieron por trescientos años, particularmente los muy encendidos de la Inglaterra que ahora venían a su melancólico rescate, enfilándolos contra el poderoso corso. Se presentía en los celajes el fin de prácticamente todo, de una gran época, de un brillante porvenir y hasta del propio corso, a quien correspondió soportar los últimos manotazos de las garras de un león que agonizaba, herido y acorralado, con su uña en alto; que moría como los toros de lidia, ahogados en su sangre y cargando hasta el final contra el esquivo trapo. España se doblaba en el ruedo de la Historia.

Europa entera había estado contra ella porque, en realidad, España representaba la más piadosa mística, la más inmovible fe, la más combativa militancia y el mayor esparcimiento de una religión que ya se sentía como una carga para las nuevas filosofías que habrían de abrir el corazón europeo al más profundo relativismo. Pero ahora hasta ella mis-

ma estaba contra sí. Y América también. Tres siglos de glorias habían determinado su colapso total, pues nadie que se conozca había podido fatigar tanto el destino como para pedirle la condonación total de la deuda y la fatiga acumuladas en un continente donde las fronteras de la fe estaban demarcadas por el tacón de sus tercios.

Todos, España y América, también estaban contra sí mismas. El mundo conocido se convulsionaba. La secta de mil cabezas devoraba las carnes del Imperio y cautivaba la imaginación de los jóvenes quienes, habiendo crecido en la dulzura de la paz, se disponían a saborear el aguijón envenenado de la guerra, subyugados por la quimérica «Libertad, Igualdad, Fraternidad» que había engullido a Francia en el festín de la sangre fratricida. Por doquier salían las raposas a devorar el cuerpo trémulo del gigante vencido. Los mismos sangrientos arreboles podían verse en el atardecer de una España barrida por los vientos huracanados del invasor que pretendía apagar las antorchas de otra libertad, otra igualdad y otra fraternidad, muy distintas a las que preconizaba el gorro frigio colgado en la guillotina. Pero era fuego; fuego que servía tanto para encender corazones como para calcinar ideales. España se quemó en la pira de su destino y el fuego alcanzó a América. Ambas se sometieron al holocausto de sus pasiones, a las fuerzas centrífugas de sus diferencias, a la exaltación impía de las ambiciones y al odio sectario de inexistentes nacionalidades que abrieron paso a reivindicaciones sin fin, a fracturas sin cuento y a fraternidades tan profundas como la hoja del cuchillo trapero clavado en las entrañas de su víctima.

Sí, anochecía sobre el más grande y lustroso imperio que habían visto los siglos desde cuando Roma había enterrado la grandeza en el suelo donde yacían los mármoles de sus hazañas. Allá, sobre el anchuroso océano, en la otra orilla de la Historia, también se estaban enterrando los códices que contenían los secretos de la grandeza, las sílabas impronunciables de la gloria y el índice que guiaba hacia el perdido alfabeto de la buenaventura; y fue cuando los hombres se perdieron queriendo reencontrar aquel tesoro, el tesoro del progreso, buscándolo en las canteras del olvido, en los pozos profundos de secos manantiales y en la maraña inhóspita de las selvas de la amnesia.

1.2. Al oído del Rey

Yo, el excelentísimo señor don Joaquín de Mosquera y Figueroa, hijo de Popayán, nobilísima ciudad del Virreynato de la Nueva Granada y hoy residenciado en la también muy noble ciudad de Cádiz, donde no sé si voy a morir y dejar mis huesos a falta de otro suelo donde dejarlos, conocí tales códices y, por ellos, a aquellos hombres. Ésta es la verdadera historia del drama americano que he empezado a escribir por conocimiento de primera mano, o por obra de aquellas que vivieron de cerca el drama y motivaron la mía; animado por el propósito de que otros lo lleguen a conocer cuando se topen con estas líneas, las escribo con el corazón compungido.

En los códices por mí conocidos estaba grabada la historia de la Conquista y de la Colonia, así como las profecías embalsamadas de la Independencia que, como a las momias egipcias, sólo se miraban como curiosidades melancólicas de una edad que no volvería. Pero estaba escrito. Lo estaba también en el rostro ajado de tres siglos de aquellos que esculpían en piedra el eco oído en los confines dilatados del Imperio Patriarcal —«el Rey Nuestro Señor», la figura del «Rey Padre»—, y que se repetía en los púlpitos, en los palacios arzobispales, en la comidilla de las tabernas, en el coloquio de los indios y aun en los mentideros formales de las Reales Audiencias, hasta cuando el viento sopló de costado y la nave encalló en los arrecifes de Edipo, donde el deseo de asesinar al padre, de desatar las amarras de la ética, la religión y la política que ataban las diversas culturas y civilizaciones a una lengua, una cultura y una fidelidad a principios comunes, exaltó las pasiones y enloqueció a los hombres.

Motivado por estos conocimientos enredados en los pliegues de mi conciencia, yo, don Joaquín de Mosquera y Figueroa, presidente de la Tercera Regencia del Reyno de España mientras duró la ausencia de su titular legítimo, signatario de la Constitución de 1812 y quien, en compañía de los magistrados Juan Villavicencio e Ignacio Rodríguez de Ribas, ordenó publicar y circular dicha Constitución, tiempo después de recibir la Orden de Isabel la Católica por los modestos servicios prestados por mi persona a la patria española, conté durante algunos días del otoño de 1828 al Rey de España, el señor don Fernando VII, que Dios guarde muchos

años, mis apreciaciones sobre las causas y orígenes de la secesión americana, tomando como paradigma lo acontecido en el Virreynato de la Nueva Granada y en la Capitanía General de Venezuela para darle cuenta y narrarle con amplitud de detalles cómo sus coterráneos y los míos, pero más los suyos que los míos, precipitaron una independencia jamás deseada por lo que generalmente se denomina «el pueblo» que, muchas veces, literalmente atado de manos y a punta de bayoneta, era obligado a luchar por una causa en la que no creía. Mis relatos al Rey continuaron por espacio de varios días, pero que no interrumpiré en estas *Memorias* para no distraer innecesariamente al lector con tales nimiedades.

Sí, dije al Rey «el pueblo», pero agrego que bien escaso, pues el mismo Bolívar había dicho que «*el pueblo está en el Ejército*», «*la democracia en los labios y la aristocracia aquí*», como insinuando que la opinión se dispara con pólvora, que la democracia es la retórica de la quimera y que la aristocracia es la rectora de las ideas. Y debo decir en estas memorias que el Rey me escuchó paciente y que, haciendo de lado sus diarios quehaceres y rutinas, encontró de la mayor utilidad comprender lo incomprensible y aprender lo que por tantos años habría de negarse a que otros lo aprendieran y lo que, supongo yo, habrá de negarse por generaciones y generaciones a distraídos alumnos, perspicaces adolescentes e ingenuos eruditos, en la creencia de que la patria se construye a base de mentiras históricas y que la Historia se engrandece con la falsificación de la verdad.

Cuando me entrevisté con el Rey ya la tragedia americana y española estaba consumada y yo gozaba de la ventaja de haber estado cerca en el tiempo de aquellos acontecimientos y de poderlos mirar de lejos y en retrospectiva. También protesto decir que el Rey, que Dios guarde muchos años, mostró vivo interés en escucharme y que una audiencia programada se extendió a dos, y dos a cuatro, y cuatro a ocho, y fue así como fueron varias y largas las audiencias con que Su Majestad me agració, y es de tales audiencias de lo que me he servido para componer estas *Memorias* que, con la premura que me imponen mis numerosos años, dejo a la posteridad para cuando las cenizas del tiempo hayan caído sobre los hechos y las personas para que se revelen en toda su magnitud las adversidades que han de acaecer sobre los pueblos hispanos empeñados en una insensata lucha que, predigo, habrá de ponerlos por detrás de las ex colo-

nias angloamericanas. El grado de destrucción y despoblación que experimentaron es sólo similar al grado de vehemencia con que esto digo, pues no habrá de descansar mi alma hasta cuando alguien se apiade de ella por amor a la verdad y divulgue lo que aquí he observado y escrito.

1.3. Entre el ánimo y el desánimo

Empecé por recordar al Rey que en aquel entonces nadie advertía que América era una colonia porque aquellos dominios no eran, propia y legalmente, de España, sino propia y patrimonialmente *reales*, ligados a la corona de Castilla, denominados reinos, dominios, virreinos, hasta el día en que las Cortes redactaron la primera constitución de la monarquía. Decretada por esa constitución la igualdad de los americanos, se desarraigaron los surcos de la frente adquiridos por la experiencia, se rejuvenecieron los rostros, se caldearon los ánimos, se levantaron los brazos y se desarticularon las palabras que cayeron desgajadas de los labios, así: «conque no éramos iguales, os lo dije». Fue entonces cuando la idea de la libertad suplantó la de la igualdad y, la del odio, la fraternidad. El formalismo liberal desataba un contrato y ataba una revolución. Luego, un general dijo: «Yo soy político, pero hago la guerra», en tanto que un político replicó: «yo soy general, pero hago la política», mientras el pueblo murmuraba «no consentí yo a que me hicieran sus iguales», en tanto que otros del mismo pueblo espetaban «ni yo menos a que antes me hicieran sus desiguales»; por eso, los más observadores de las añejas costumbres apelaban al Rey para que atendiera los clamores sociales, los agravios acumulados, las reformas necesarias, pero no había Rey; a cambio, se blandieron los libros de Suárez que enseñaban que la soberanía se originaba en el consentimiento de los hombres, que la ley no es ley si la mayoría no la observa y que la autoridad no depende del derecho a gobernar sino de la delegación expresa sujeta a los límites de la letra. Y esta letra decía: «*La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios... ; son españoles todos los hombres libres nacidos y avecinados en los dominios de las Españas y los hijos de éstos. . .* ». Luego incorporaba todos los territorios conocidos y declaraba que «*La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación*

la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra». Así lo sentía yo, y los masones lo consintieron porque, más allá de la filosofía de la secta, la fórmula concordaba con el sentir del pueblo español.

Los americanos, al saberlo, gritaron: «¡Que viva la Constitución de 1812!» «¡Que muera!» «Que aquí nos las arreglamos solos», «si solos estamos». «Que dónde está el Rey», «que se ha ido», «que ya no es rey», «que mueran los franceses», «que abajo Pepe Botellas», «que viva la Santa Religión», «que vivan los derechos de Fernando VII»... Hasta cuando alguien echó un «Viva la República» y el vetusto andamiaje sufrió el primer quebranto. Se alzaron unos contra otros, es decir, los *afrancesados* y los *republicanos* contra los realistas y defensores de los fueros del rey ausente. «Que nos van a imponer el ateísmo de la Francia», «que hay que defender la religión contra el invasor»..., decían. Fue entonces cuando algunos corrieron a esconder los códigos del progreso mancomunado, a cavar fosas y a levantar patíbulos para los que habían memorizado sus cláusulas e interpretado sus vaticinios.

En el sistema español, en cambio, las gentes estaban acostumbradas a que el Rey era quien formulaba la ley y él mismo la revocaba, o modificaba, según las peticiones que iba recibiendo y las necesidades de sus súbditos. Las crisis políticas se resolvían cambiando los ministros, por ser, en el fondo, quienes recomendaban tal o cual disposición o, incluso, la misma modificación pedida. El Soberano había asumido que él estaba allí, principalmente, para impartir justicia, y todos sus súbditos sabían que tenían el derecho de apelar directamente a él para la solución de sus agravios y problemas con las autoridades, o para abogar por sus pretendidas reformas. Pero los tiempos estaban cambiando y la voluntad de los hombres se iba abriendo paso ante el vacío de poder y los nuevos códigos garantistas de la Francia napoleónica. Eran otros tiempos y otros hombres que enseñaban al mundo la virtud de la letra y ocultaban de éste el vicio del espíritu. Porque también vinieron tiempos y hombres en que se invocaba el espíritu de la letra, y la letra sin espíritu, para violar los preceptos de justicia aprendidos por esos mismos hombres. Con ellos vinieron las guerras civiles, los alzamientos, el golpe alevé, el crimen, la corrupción, el soborno y el fratricidio, hasta que se llegó a comprender que cuando la naturaleza del hombre se corrompe no hay letra ni espíritu que valga. Los más

sanos terminaron perdiendo y pidiendo el antiguo régimen porque el nuevo traía la venganza sin límite, las ambiciones sin cuento y la desolación más asombrosa, todo ello en nombre de la más esquiva libertad.

Yo conocí a estos hombres para quienes no hubo lápidas cristianas ni recuerdos en los nuevos códices redactados al filo del puñal, de la dictadura y del tumulto. Y conocí otros para quienes la asonada, el golpe aleve, la *Guerra a Muerte*, fueron las maestranzas de un futuro tan sombrío como incierto. Estos otros decían querer la libertad pero recurrieron a la dictadura y, muchas veces, pasaron del crimen al genocidio para demostrar que nadie podía ser más libre que bajo el yugo de su dictadura. Los conocí a todos por sus escritos, cartas, documentos y por mis propias indagaciones, cotejos, reflexiones, y porque otros también los conocieron y me narraron sus hechos. Las causas de la Independencia, Señor, provienen de grandezas y pequeñeces humanas; grandezas que son pequeñas frente al transcurrir de los siglos y lo que pudo haber sido de aquellas naciones; pequeñeces que son grandes para el hombre que las padece.

Es mi historia una historia para hombres porque es un relato de las grandezas pequeñas y las pequeñeces grandes, que condujeron a odios irracionales y acontecimientos irreversibles. Acontecimientos que nos empequeñecieron, nos fraccionaron y nos condujeron a un estado de empobrecimiento perpetuo, que es la peor de las esclavitudes, porque ser esclavo, Majestad, es quedar en estado de indefensión frente a otras potencias y vasallo de los intereses ajenos —dije al Rey—. Por eso la libertad obtenida de España no fue más que una mentira piadosa de los que conocieron esta realidad y aquellas consecuencias y una descarada mentira de los que protagonizaron aquellas luchas. Ésa es mi historia, que comienza cuando ya el ruido se había extinguido en la lejanía de los tiempos y pude relatar al Rey los acontecimientos que precipitaron la caída de su imperio en la larga noche que arrojó a la madre patria y que, como un misterioso velo, habrá de arropar al continente americano.